

DOSSIER

Presentación

Pilar Díaz Sánchez

Universidad Autónoma de Madrid

Los artículos que componen este dossier, que tiene el genérico título de «Mujeres y trabajo», se sitúan en la contemporaneidad, partiendo del análisis de la situación laboral de las mujeres desde fines de la Edad Moderna y del estudio del papel de las mujeres en los gremios, hasta la consolidación del capitalismo. Y aunque pretende tener una visión internacional, tiene como base las experiencias de las mujeres españolas y mexicanas. Por lo tanto, quedan fuera de este estudio la historia del trabajo y las mujeres de otros espacios y períodos históricos.

Los textos que aquí se presentan participan de un doble interés: en primer lugar, parten de una reconceptualización de categorías de estudio, en las que la herencia marxista está muy presente, y por otro lado, realizan un ejercicio de reflexión, a modo de balance de sus propias investigaciones, para situarnos ante una nueva perspectiva de futuro. Más que novedosos estudios de caso, lo que aquí se muestra es la revisión crítica del tema que nos ocupa.

Comenzaremos afirmando que la principal caracterización del ser humano, tras la emancipación de su antecesor del reino animal, fue la de *homo sapiens* u *homo faber*. De ambas categorías analíticas, a pesar de entender que el genérico *homo* comprende ambos sexos, se ha desplazado a las mujeres a un segundo plano. Durante siglos la



Trabajadoras en la fábrica de Hytasa, Sevilla, finales de la década de 1970 (Foto: MACA, fuente: Archivo Histórico de CCOO-A)

Imagen del *homo faber* ha tenido una representación masculina. El hombre que «hace o fabrica instrumentos» y que dará lugar al *homo sapiens*, «el hombre que piensa». Habrá que esperar al siglo XX para que, sobre todo, gracias a los estudios impulsados por los movimientos feministas, se llegue a cuestionar primero y denunciar después, que el término *homo* se desdoba en sexos y que ambos comparten la misma acción.

Desde finales del siglo XIX aparece reflejado en distintos trabajos el interés por la participación social de las mujeres y desde una perspectiva marxista se debe, sobre

todo, a Federico Engels y su libro *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* (1884), aunque en algún texto redactado por él mismo y Carlos Marx en 1846 se encuentra esta frase: «La primera división del trabajo es la que se hizo entre el hombre y la mujer para la procreación de hijos». Sin embargo, es necesario señalar, a partir de ese punto de partida, el escaso interés que la historiografía marxista ha dedicado al tema de las mujeres y el feminismo. Todavía en el siglo XX, la definición que Marc Bloch proponía sobre la historia era el de una ciencia que «estudia la obra de los hombres en el tiempo», de alguna manera se movía en el ambiguo sentido más restrictivo del término «hombre».

Para el marxismo el tema del feminismo no fue prioritario. El hecho de que al frente de este movimiento se situaran las mujeres de la burguesía, provocó un rechazo que desactivó el interés que merecía. Ni siquiera se cuestionó un aspecto tan determinante y tan extendido como era la separación en esferas —a esfera doméstica y la esfera pública— cuando se trataba de explicar los fundamentos de la economía familiar. Como dice Anne Showstack Sasson:

«Hasta ahora el trabajo se organizaba siguiendo una lógica que no tiene en cuenta las necesidades individuales. Los sindicatos siempre han aceptado que debíamos cambiar nuestras vidas para adaptarnos al puesto de trabajo o no entrar a competir por determinados puestos. El desafío que plantea el feminismo es que el trabajo se adapte a las necesidades humanas y no la gente al trabajo»^[1].

Los movimientos feministas desde 1968 ampliaron la perspectiva con una nueva forma de entender la actividad laboral:

trabajo doméstico, trabajo reproductivo y trabajo familiar. Se planteó entonces que existe un «trabajo» que es realizado por la mitad de la población, que está invisibilizado y obviado en los análisis políticos, y sin embargo es socialmente necesario. A partir de aquí se evidenció la necesidad de repensar una nueva metodología, la ampliación de nuevas fuentes de estudio, dejando de priorizar las archivísticas más convencionales emanadas de los centros de poder de donde las mujeres estaban excluidas^[2]. La historia del trabajo y los trabajadores debía entonces abordarse desde la economía, desde los estudios de las relaciones de los sexos y desde la vida privada, si es que se quería estudiar una historia social que incluyera en «trabajadores» al cincuenta por ciento de la población: las mujeres. También repensar los conceptos de trabajo, actividad laboral o empleo, cuando hablamos de las mujeres como agentes sociales.

En sentido inverso, el feminismo ha enriquecido la perspectiva marxista. Si el marxismo aportó la necesidad de estudiar e investigar la «producción social» con el concepto clave de «relaciones de producción» y el clásico concepto de «modo de producción», el feminismo del último tercio del siglo XX e inicios del siglo XXI ha ampliado la perspectiva añadiendo la «reproducción social» como clave del proceso de producción. En la década de los setenta Kate Millet puso el acento en el patriarcado como nodo central del sistema social, señalando que es una constante arraigada en todas las formas políticas y económico-sociales, lo que Amelia Valcárcel llama «invariante antropológica» sin la cual no se entienden las relaciones de clases^[3]. Silvia Federici lo

1.- Entrevista a Anne Showstack Sassoon, *Nuestra Historia*, nº 5 (2018), p. 111.

2.- En este sentido la utilización de las fuentes literarias y de las fuentes orales, para el caso de la contemporaneidad, han sido determinantes para conocer la experiencia de las mujeres en los procesos sociales.

3.- Kate Millet, *Política sexual*, Barcelona, Cátedra, 2017.

subrayaría posteriormente al explicar cómo «las mujeres han sido las productoras y reproductoras de la mercancía capitalista más esencial: la fuerza de trabajo»^[4].

Las relaciones de género son relaciones de producción: la profundización de la división dentro de la sociedad no conduce a más tiempo para desarrollar nuestras capacidades humanas sino para aumentar los beneficios. Esto lleva a analizar la política familiar y demográfica que requiere desentrañar y desmontar todo lo que se considera natural, según los sexos, en moralidad, ideología y estructuras patriarcales. Para la historiografía marxista esto supuso un reto al proponer inscribir el feminismo en el meollo del marxismo, en el concepto marxista de relaciones de producción^[5].

El feminismo socialista ha tratado las distintas formas en que se ha organizado cualitativamente la división sexual del trabajo y ha realizado interesantes aportaciones sobre los cambios históricos que condenaron a las mujeres a la subordinación y a la ocultación. Así, en la década de 1970 y 1980 se publicaron numerosos trabajos que por un lado zarandearon el marxismo clásico y, por otro, lo enriquecieron.

La caída del socialismo «realmente existente» frenó, si es que había llegado a ponerte alguna vez a una gran velocidad, la posibilidad de seguir estudiando el tema

También señalar a Shulamith Firestone en su libro *Dialéctica del Sexo*, Madrid, Kairós, 1973.

4.- Silvia Federici, *Calibán y la bruja: mujeres, cuerpo y acumulación originaria*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2004, p. 13. Federici habla de una «nueva economía feminista» criticando la lógica de la acumulación del capital, señalando cómo la acumulación capitalista se basa en la explotación del trabajo de hombres y mujeres, apropiándose de los cuerpos de las mujeres, de su potencial reproductivo, fortaleciendo el control por parte del Estado y ejerciendo un doble orden patriarcal.

5.- Véase Heidi Hartmann, *Un matrimonio mal avenido: hacia una unión más progresiva entre marxismo y feminismo*, Zona Abierta, 24 (1980), pp. 85-113.

del trabajo de las mujeres desde una perspectiva marxista, tal y como se había realizado en el caso de los trabajadores, sobre todo a raíz de la aparición en 1963 del libro de E.P. Thompson, *The Making of the English Working Class*^[6].

Cuando se despertó el interés por los estudios de las trabajadoras, la historia social comenzaba a estar en retirada y el impulso lo tomaron sobre todo las mujeres que se movían en la órbita del feminismo de Segunda Ola, que coincidía, a su vez, con el auge de los estudios postestructuralistas, la postmodernidad y los giros lingüísticos y culturales.

El esfuerzo del feminismo a favor del reconocimiento de los derechos de las mujeres es quizás la mayor contribución de este movimiento al fortalecimiento de la democracia. Según Geoff Eley el impulso democratizador que la izquierda ha favorecido en los dos últimos siglos no se debe tanto a la labor de los partidos políticos y los sindicatos, sino a los movimientos sociales y al feminismo^[7]. Esto solo debería servir de reflexión para justipreciar el papel histórico de las mujeres.

No se trata tampoco de llevar a cabo un juicio contrafáctico y defender la utilidad de la acción política de las mujeres y la posibilidad de reconducir el movimiento obrero, sino de señalar que el análisis de la historia del trabajo y las trabajadoras aporta un nuevo punto de vista capaz de dar una visión más completa de procesos históricos que hasta ahora han obviado la participación de las mujeres.

Por otro lado, cuando las mujeres se incorporaron masivamente al trabajo fabril, —en los sectores primarios agricultura y

6.- Posteriormente el trabajo de Gareth Stedman Jones, *Lenguajes de clase. Estudios sobre la clase obrera inglesa*, Madrid, Siglo XXI, 1989.

7.- Geoff Eley en *Un mundo que ganar. La historia de la izquierda en Europa, 1850-2000*, Barcelona, Crítica, 2003.

ganadería, han estado siempre—lo hicieron participando de una cultura obrera afín a la que se dio a fines del siglo XIX; una cultura de participación colectiva, reivindicativa de los valores de la educación y la cultura, de cohesión social, en la línea que Eley describe para la izquierda europea de 1850 hasta la Primera Guerra Mundial.

Sería interesante plantear el sujeto, el motor de las luchas obreras, teniendo como protagonista también a las mujeres. Si bien la historiografía tradicional reconoce un gran peso a la *human agency*, en los estudios que tienen que ver con la acción de las mujeres, ese personalismo, que da tanta relevancia al papel del individuo, se ve más diluido, teniendo el colectivo formado por mujeres mucho más peso que la individualidad. Este es un factor de diferenciación importante que obliga a revisar los movimientos reivindicativos: acciones colectivas, huelgas o cualquier tipo de acción sindical, desde una nueva perspectiva. Es difícil encontrar singularidades femeninas en estos contextos, es más, con frecuencia, se evitan, apostando por una acción colectiva en la que no caben personalismos. Si bien hay mujeres con nombre propio, que son las que ejercen de vanguardia, éstas han quedado en el olvido.

La historiografía liberal ha puesto el foco siempre en el peso de la acción individual a la hora de explicar procesos históricos. La subjetividad, el individualismo, la identidad, han expresado en buena medida los cambios sociales, dentro de un determinismo subjetivista muy valorado por las corrientes postmodernistas.

En cualquier caso, la recuperación del papel social de las mujeres en la historia de la clase obrera no ha pasado por la moda de recuperar las individualidades después de la «muerte del hombre», es decir del individuo de los años setenta del siglo XX, tal como lo señala Foucault y el estructuralis-

mo marxista de Althusser.

Estudiar el tema de la historia de las trabajadoras parte del análisis de la realidad material de las mujeres, sus condiciones de vida, sus formas de asociarse y, por último, su praxis colectiva. De esta manera se pretende refrendar la idea de que lo social no es un producto de los individuos, sino que, por el contrario, los individuos son un producto social. El siguiente argumento, extraído de un estudio sobre la Filosofía de la praxis, se debe aplicar al estudio de caso específico de las mujeres

«La individualidad —desde el punto de vista histórico-social— no es un punto de partida; es algo que el hombre ha conquistado —y ha enriquecido— en un proceso histórico-social. La individualidad y las formas de relacionarse los individuos se hallan condicionadas histórica y socialmente. El modo como producen o se insertan en el proceso de producción, su vinculación con los órganos de poder, su modo de amar y de enfrentarse a la muerte, sus gustos y preferencias, se hallan condicionados socialmente. En el individuo se anudan toda una serie de relaciones sociales»^[8].

Muchos de los estudios realizados a partir de los años ochenta sobre el tema de las trabajadoras, han caído en el olvido del sujeto colectivo de clase trabajadora, dando más énfasis en la relación sexo/género, rehuyendo el concepto general —universal—, de la clase obrera para caer con frecuencia en esencialismos excluyentes.

Obviando un determinismo teleológico, parece llegado el momento de plantear una historia del trabajo donde las mujeres jueguen el papel que les corresponde en la sociedad, numérica y cualitativamente, y con

8.- Adolfo Sánchez Vázquez *Filosofía de la praxis*, Méjico, Siglo XXI, p. 209

herramientas científicas sólidas.

A pesar de todo algunos trabajos que han tratado el tema que nos ocupa se han centrado en estudios de caso y han incurrido con frecuencia en dar el mayor peso a las experiencias vividas, a los sentimientos que esas experiencias han generado, analizando unas aspiraciones vivenciales *sui generis*, dentro de los grupos de trabajo (clase obrera). Lo que denunciamos aquí es una práctica investigadora que huye del empirismo racional, para acomodarse en análisis de prácticas vivenciales que no tienen salida política, ya que no existe ésta sino es en la confluencia de interés de hombres y mujeres con una visión generalista. Sin me noscabo de que haya aspectos particulares, específicamente femeninos de interés histórico, hasta ahora nada tratados, incluso chocantes con los convencionales temas académicos, como puedan ser los relativos a la maternidad, siempre y cuando no se pierda ese objetivo de la historia total que defendían los seguidores de la Escuela de Annales.

El primer feminismo, que se entendía como el movimiento emancipador con perspectiva internacional y planteamientos universales, ha sido capaz de cohesionar las reivindicaciones y derechos de la mitad de la población, al margen de las disputas políticas de partidos y sindicatos de izquierda más preocupados por copar el papel hegemónico en la escena política que por reunir en un único movimiento las aspiraciones de las mujeres. Aunque, si bien es cierto que, con la denominada Segunda Ola, el feminismo comenzó a dividir sus fuerzas entre las distintas corrientes que concebían el movimiento de forma diversa, en cualquier caso, algo más cohesionando que los partidos pilotados por varones. Y claro está, antes de que la *French Theory*, —el postmodernismo— diluyera como un azucarillo en un vaso de agua todo lo que

de reivindicativo y revolucionario pudiera tener el primitivo feminismo^[9]. Como dice Francisco Erice:

«El posmodernismo puede ser considerado objetivamente reaccionario al menos en su sentido anticientífico y antirracionalista, por más que en él se apoyen sectores de movimientos sociales como el feminismo o que abogue por el multiculturalismo; al eliminar la posibilidad de un análisis coherente de la realidad, impide cualquier crítica sensata y una acción práctica eficaz basada en ella»^[10].

De ahí el interés por retomar los estudios de trabajo de las mujeres recuperando categorías de análisis de mayor recorrido. Volver a usar el concepto de clase como un constructo variable y heterogéneo, capaz de subsumir nuevos elementos entre los que el sexo y la raza juegan un papel determinante. Definida más por sus experiencias, afinidades, aspiraciones que, por un modelo estático y fosilizado, como pueda ser la idea de clase del marxismo ortodoxo. Una categoría analítica que evite la subjetividad y la diferencia y busque la generalidad objetiva. Como dice Eagleton la «clase como categoría social abarcadora»^[11].

De la herencia marxista, huyendo de escleróticos y anticuados postulados, se debería recuperar el armazón de un sistema interpretativo con el que abordar la historia

9.- French Theory, es el término que se utiliza para referirse a los pensadores posestructuralistas franceses: Foucault, Derrida, Deleuze, Lacan, Kristeva, Baudrillard, Lucy Irigaray... y la cristalización de sus teorías en movimientos como el biopoder, el ecofeminismo, la deconstrucción, etc. Ver François Cusset, *French Theory. Foucault, Derrida, Deleuze & Cia. Y las mutaciones de la vida intelectual en Estados Unidos*, Barcelona, Melusina, 2005.

10.- Francisco Erice, *En defensa de la razón. Contribución a la crítica del posmodernismo*, Madrid, Siglo XXI, 2020, p. 266.

11.- Terry Eagleton, *Walter Benjamin o Hacia una crítica revolucionaria*, Madrid, Cátedra, 1998, p. 229

del trabajo de las mujeres con esa finalidad interpretativa de largo alcance. Recuperar una epistemología historiográfica, que recoja lo que de novedoso y útil ha surgido a partir de la década de los ochenta del siglo pasado, pero sin olvidar la base real, material, de las sociedades objeto de estudio. En este sentido abrirse al análisis de las relaciones económicas y analizar como se engarzan en ellas los grupos sociales, en este caso las mujeres, formando parte de la clase trabajadora, examinando cómo se ha ejercido control sobre ellas, sus formas de resistencia y sus aspiraciones.

Por otro lado, novedosos trabajos, algunos provenientes de la sociología, se decantan por reutilizar el término clase con un nuevo sentido. El concepto de clase es también una construcción cultural. A partir del siglo XX la clase obrera no se focaliza en el obrero industrial cualificado, en claro declive, sino en lo que le da sentido medular, que no es más que la relación de subordinación en un espacio de relaciones marcadas por la desigualdad, tanto en la riqueza como en su acceso al poder, la consecuente gestación de una conciencia crítica y sus estrategias de impugnación del sistema.

Y en esta concepción nueva de las clases sociales, las mujeres deben tener, ahora sí, un papel determinante. Y en esta línea el trabajo de Selina Todd y su estudio del pueblo (mejor que la traducción de «gente») puede ser una novedosa forma de «escuchar» a la clase obrera. Su trabajo, que recoge testimonios de vida de trabajadoras y trabajadores ingleses, contribuye a entender de forma novedosa una sociedad como la inglesa en la que la clase obrera no gira en torno al modelo masculinizado de trabajador fabril^[12].

12.- Selina Todd *El pueblo. Auge y declive de la clase obrera (1910-2010)*, Madrid, Akal 2018.

La familia como nódulo de construcción social

Desde la perspectiva del siglo XXI y con ánimo de retomar el estudio de las mujeres y el trabajo, debemos comenzar por el principio y plantear la disyuntiva mujer/familia, precisamente en un momento en que la institución familiar, tal y como se ha venido entendiendo desde la industrialización, está en revisión.

Y en esta misma línea se debe abordar el tema relativo a la maternidad. Algo que tradicionalmente ha quedado apartado a pesar de que estaba en el origen de la formulación del marxismo, en concreto en el libro de F. Engels, *El origen de la familia, la propiedad y el Estado*. Engels fue capaz de ver con mayor claridad el papel de las mujeres en las sociedades industriales:

«La familia individual moderna se funda en la esclavitud doméstica franca o más o menos disimulada de la mujer, y la sociedad moderna es una masa cuyas moléculas son las familias individuales. Hoy, en la mayoría de los casos, el hombre tiene que ganar los medios de vida, que alimentar a la familia, por lo menos en las clases populares; y esto le da una posición preponderante que no necesita ser privilegiada de un modo especial por la ley. El hombre es en la familia el burgués; la mujer representa en ella al proletariado»^[13].

Pero el autor no le dedicó todo el interés que nos hubiera gustado al tema. En este texto de alguna manera se evidencia el fuerte vínculo interpretativo del papel social de las mujeres, dentro de la unidad familiar. De hecho, la sensibilización de la situación laboral de las mujeres tenía como

13.- *El origen de la Familia, la propiedad privada y el Estado*, p. 32, Disponible en: https://www.marxists.org/espanol/m-e/1880s/origen/el_origen_de_la_familia.pdf.

principal objetivo velar por la descendencia y la situación familiar, si se quería asegurar la reposición de la fuerza de trabajo.

Esa doble marginación que han sufrido históricamente las mujeres, primero en el papel histórico subsidiario que el código napoleónico refrendó para las mujeres en la organización familiar y, por otro lado, la minusvaloración del trabajo femenino a lo largo de los siglos, refuerza las dificultades para conseguir mejoras. El desigual acceso a la educación o a la formación laboral, el sometimiento patriarcal y el menor reconocimiento de derechos políticos han dificultado enormemente las reivindicaciones de las mujeres. Y reforzando todo este entramado debe señalarse «la construcción» social de las mujeres, su identificación con la naturaleza, en contraposición a la cultura, patrimonio de varones^[14].

El trabajo extradoméstico de las mujeres ha sido siempre imperceptible, silencioso socialmente, sin llegar a conseguir la naturalización que sí ha tenido el trabajo del varón. Se ha visto siempre como algo accidental y suplementario. Las mujeres han trabajado fuera de casa por diversos motivos: las solteras o viudas por necesidades perentorias, al carecer de alguien que le ayudara al sustento; las casadas porque el salario del marido, el «ganador del pan» responsable de mantener la familia, es insuficiente. Estas consideraciones son anteriores a los intereses empresariales que aprovecha la menor cualificación de las mujeres para abaratar el salario.

A lo largo de los siglos se constata que la división sexual del trabajo sigue presente, determinando en gran medida la posición

social de las mujeres trabajadoras. Sería necesario plantear soluciones que vayan más allá de la conciliación familiar y el reparto de tareas. Los cambios en el modelo de maternidad sobrevenidos en la última década del siglo XX no han ido acompañados de un nuevo modelo de paternidad, siendo esta la causa fundamental de la implementación de nuevos modelos en esa división sexual del trabajo.

Las cargas familiares han endurecido el peso de las tareas y cuidados, la maternidad y crianza de la prole han limitado la libertad de las mujeres. Los prejuicios sobre la vocación natural de las mismas que se subliman con la maternidad como principal objetivo, han restringido los referentes ideológicos y culturales en los que apoyarse. Todos estos elementos son necesarios como punto de partida para abordar, desde nuevas perspectivas, el tema de las mujeres trabajadoras.

Con independencia de la adscripción metodológica y de la opción teórica en la que se sustente, se deben seguir basando en la centralidad del trabajo, en menor medida en el empleo.

Así mismo los estudios sobre trabajo de las mujeres siguen necesitando investigar las estrategias de movilización, los paradigmas organizativos y articulación de reivindicaciones económicas, y por ende políticas. Todo esto, como se puede comprender, excede con mucho el marco del estudio de la «representación», tan habitual en los estudios postmodernos y principal preocupación de los trabajos publicados en las últimas décadas.

El feminismo debe seguir siendo el movimiento igualitario, humanista y emancipador que se interesa por los desposeídos a la cola de la cadena laboral. Un instrumento que sirve para analizar y entender la participación política de las mujeres en la historia.

14.- Resulta de gran interés analizar la construcción de la identidad del trabajador «ganador del pan», para ello ver el trabajo de Jesús de Felipe «Masculinidad y movimiento obrero español: las identidades masculinas obreras y el trabajo femenino, 1830-1870» *Historia, Trabajo y Sociedad*, nº 8, 2017, pp. 65-85.

En este dossier se presentan una serie de estudios que quieren abordar temas que sirvan de balance y perspectivas de nuevas vías investigación.

Se inicia con el artículo de Victoria López Barahona, «Mujeres y trabajo en la Edad Moderna: una perspectiva desde la acumulación originaria», que analiza el tránsito del feudalismo al capitalismo. Interesa constatar la pervivencia del interés en confinar a las mujeres al espacio doméstico, privándoles de su participación en el público y que este argumento va acompañado de la necesidad de que las mujeres estén recogidas. El interés en que las mujeres trabajen en el hogar es pues una constante que permanece inalterable hasta el siglo XXI. La aportación de López Barahona reside en mostrar la utilidad del concepto de acumulación *originaria*, un interesante enfoque que contribuye a entender mejor la no presencia de las mujeres en el espacio laboral.

Teresa Ortega, en su aportación «La «cuestión agraria, ‘una cuestión de género’. Trabajo, imágenes y representaciones de las mujeres del campo en la España del siglo XX», analiza el papel de las mujeres agricultoras y en el medio rural, denunciando la falta de interés por las mujeres en este sector, que ni la historiografía, ni siquiera el feminismo militante le ha dedicado al tema el interés que se merece. La situación de las mujeres en el medio rural ha tenido, a su juicio, un punto de inflexión en la Transición democrática y el interés de su investigación radica en estudiar el camino recorrido desde ese momento y las perspectivas para el siglo presente.

El texto de Teresa Torns, «Sobre el tra-

jo y las trabajadoras: algunas reflexiones» hace un balance de su dilatada experiencia en estudios de sociología del trabajo, con especial atención al tema de las mujeres. Se aborda desde la libertad de la autora en una situación extraacadémica en la que prima la larga experiencia y la solidez investigadora. Muestra el desanclaje de formalismos y propone líneas de investigación abandonadas o poco apreciadas en los últimos años para matizar el reconocido «optimismo» acerca de la presencia de las mujeres en el mercado de trabajo y su «avance» hacia la igualdad en paridad con los varones. Se apoya en su propia investigación y vuelve sobre ella para darnos una visión que matiza o contradice aseveraciones convencionales

El texto de Cirila Quintero, profesora mejicana experta en la maquila, realiza un estudio en el que pone de manifiesto la intemporalidad de las precarias condiciones laborales de las fábricas ocupadas por mano de obra femenina. Sus investigaciones se basan en testimonios de vida a través de la metodología oral y su estudio tiene la calidez de las experiencias vividas. El trabajo con estas fuentes le permite realizar la historia de la maquila en la frontera de México dando a su estudio un carácter universal que comparte similitudes con el pasado, por ejemplo, en la España de décadas pasadas y con el presente de distintos continentes donde la mano de obra femenina realiza similares trabajos.

Pilar Díaz Sánchez analiza el trabajo de las mujeres en la industria fabril española, con especial referencia al sector de la confección-textil. Estudia el modelo *fordista* de producción y lo acomoda a la mano de obra femenina para demostrar como este sistema saca el mayor provecho de las mujeres.